ANTONIO GARRIDO

EL ÚLTIMO PARAÍSO

PREMIO DE NOVELA

FERNANDO LARA 2015

A E & I

Antonio Garrido

El último paraíso

Premio de Novela Fernando Lara
2015

Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Antonio Garrido, 2015
© Editorial Planeta, S. A., 2015
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: junio de 2015
Depósito legal: B. 11.581-2015
ISBN 978-84-08-14293-5
Composición: Víctor Igual, S. L.
Impresión y encuadernación: Cayfosa (Impresia Ibérica)
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y esta calificado como **papel ecológico**

ÍNDICE

Capítulo 1	13
Capítulo 2	32
Capítulo 3	46
Capítulo 4	54
Capítulo 5	74
Capítulo 6	81
Capítulo 7	88
Capítulo 8	104
Capítulo 9	116
Capítulo 10	129
Capítulo 11	136
Capítulo 12	148
Capítulo 13	162
Capítulo 14	174
Capítulo 15	188
Capítulo 16	203
Capítulo 17	216
Capítulo 18	226
Capítulo 19	234
Capítulo 20	242
Capítulo 21	249
Capítulo 22	255
Capítulo 23	267
Capítulo 24	278
Capítulo 25	288
Capítulo 26	297
Capítulo 27	309
Capítulo 28	321

Capítulo 29 331
Capítulo 30 341
Capítulo 31 352
Capítulo 32 367
Capítulo 33 379
Capítulo 34 390
Capítulo 35 393
Capítulo 36 402
Capítulo 37 411
Capítulo 38 428
Capítulo 39 444
Capítulo 40 452
Capítulo 41 461
Capítulo 42 467
Capítulo 43 472

Epílogo 475
Nota del autor 477
Una auténtica historia 481
Agradecimientos 487
Glosario 489
Bibliografía 497

1

Invierno de 1932
Brooklyn. Nueva York

Jack Beilis se adentró por los callejones de Danielsburg con la desesperación de un chacal acorralado. De vez en cuando, la mortecina luz de una farola iluminaba su rostro enjuto macerado por el hambre, en el que destacaban unos ojos azules sin rastro de brillo. Mientras avanzaba, rebuscó en los bolsillos los restos de algún mendrugo, en un gesto vano, por lo repetido. Su estómago protestó. Durante el año que llevaba en Brooklyn, sus ahorros le habían permitido soslayar las colas de la beneficencia, pero la crisis los había ido devorando del mismo modo en que su cuerpo había consumido hasta las últimas onzas de grasa. Maldijo a la Ford Motor & Co. y a Bruce Tallman. Especialmente a Bruce.

Acosado por la pertinaz lluvia, se refugió en un portal y ascendió por la escalera desvencijada que conducía hasta el apartamento de su padre, Solomon. Se detuvo en el rellano del quinto piso. Mientras buscaba la llave en los pantalones, paladeó el sabor de la impotencia.

Nada más abrir, accionó sin confianza el interruptor de la luz porque adeudaban varios recibos. Por suerte, la estancia se iluminó. Se despojó de su gabardina para cambiarla por una manta que encontró sobre el sofá. Luego se adentró en lo que había sido el comedor antes de que su padre lo convirtiera en una leonera atestada de zapatos viejos, retales de cuero y leznas desperdigadas. En el pasillo escuchó los ronquidos de Solomon, a quien halló dormitando en su cama como si se hu-

biera desplomado sobre ella. Estaba vestido y desprendía un penetrante olor a alcohol. A su lado descansaba una botella de bourbon medio vacía. Cubrió al hombre con la manta y se apoderó de la botella. De vuelta al comedor, prendió la *menorah*, el candelabro judío de siete brazos que presidía la mesa. Cuando su padre se despertara, le alegraría encontrarla encendida.

Aquella noche tardó en conciliar el sueño. Se le habían hinchado los pies de tanto caminar y estaba aterido. Boca arriba, sobre el sofá desfondado, añoró los días en los que al regreso del instituto su madre le recibía con unos bollos recién horneados que perfumaba con mantequilla caliente y se deshacían en la boca... Unos tiempos que jamás volverían. Abrió un cajón de una mesilla cercana y sacó un retrato deslavado por el tiempo. Era una fotografía de su madre, Irina. Lo contempló con nostalgia. Aún podía acariciar aquel rostro suave y delicado, cuyos profundos ojos negros parecían protegerle y aconsejarle: «Aguanta, hijo. Tienes que cuidarte tú... y cuidar a tu padre». Y eso era lo que llevaba intentando desde que regresó de Detroit.

Sin embargo, Solomon no se dejaba. La única preocupación de su padre consistía en procurarse su ración de alcohol diaria, tal y como había venido haciendo desde el mismo día en que enfermó Irina.

Aferró la botella y le dio un trago largo. El licor le abrasó la garganta pero le reconfortó. Por primera vez en mucho tiempo, una sensación cálida le recorrió el estómago. Cerró los ojos para disfrutarlo. Los restantes sorbos entibiaron su ánimo lo suficiente como para ensoñar un atisbo de esperanza. A diferencia de su padre, él era joven y fuerte, con dos manos hábiles y la enfermiza obsesión por conseguir un trabajo que les sacara de la ruina. Por un instante, se consideró afortunado al compararse con los miles de desahuciados que atestaban los campamentos de barracas esparcidos por los arrabales de Nueva York. Al menos, él y su padre conservaban un techo bajo el que cobijarse. Mientras Kowalski lo permitiese.

Contempló de nuevo el retrato de su madre. Cinco años atrás, cuando aún eran tiempos propicios, Solomon había tras-

ladado su negocio de reparación de calzado a un local más céntrico en Broadway. Por desgracia, al poco de la inauguración del Solomon's Shoes Workshop, aparecieron en Irina los terribles síntomas de una enfermedad inexorable. El cáncer no sólo acabó con ella. También agotó los ahorros de Solomon, dejándole únicamente con las deudas. Por aquel entonces, Jack trabajaba en Detroit. El día que le avisaron, ya era demasiado tarde. Cuando, durante el sepelio, pidió explicaciones a su padre, Solomon apenas acertó a murmurar que se había limitado a cumplir la voluntad de su esposa. Irina nunca quiso que su hijo supiera de su enfermedad y que sufriera por su causa.

El bourbon alivió su pesar, aunque él lo atribuyó a la medalla que pendía de su cuello: un antiguo sello con caracteres hebraicos que su madre le había regalado por su décimo cumpleaños. Desde que ella murió, jamás se la había quitado. Al fin y al cabo, era lo único que le recordaba sus días de felicidad. Por eso la apretó entre los dedos antes de caer vencido por el sueño.

El frío del alba despertó a Jack como si hubiera dormido al raso. Miró hacia la ventana. El viento había arrancado los periódicos que tapaban los cristales rotos, convirtiendo la sala en una nevera. Se desentumeció, acudió al lavabo y permaneció de pie, frente al espejo, contemplando el semblante demacrado en que se había convertido su rostro. Inspiró con fuerza antes de sumergir la cara en un barreño de agua helada, se secó con una toalla raída y restañó con pedacitos de jabón los pequeños cortes que se había producido durante el afeitado. Volvió a mirarse e intentó dibujar una sonrisa que el espejo no le devolvió. Cada día le resultaba más difícil aceptar que las profundas ojeras que enmarcaban aquellos ojos azules pertenecieran al mismo joven que un año atrás había provocado suspiros de admiración entre las muchachas que frecuentaban la Sociedad de Baile de Dearborn. Pero la realidad era que hacía tiempo que había dejado de ser el atractivo supervisor de la Ford Motor & Co. que vestía chaquetas francesas y frecuentaba los mejores clubs de Detroit. Y eso era algo que le corroía.

Prefirió no pensar en ello. Últimamente, pensar sólo le

provocaba espasmos en el estómago. Le acuciaba encontrar un trabajo, o tarde o temprano él y su padre se verían obligados a vagar por las calles y dormir bajo cartones en Central Park, rodeados de mendigos y criminales.

Abrió el armario y cogió su única camisa, un modelo de algodón blanco de corte clásico. La prenda aún conservaba la etiqueta de los almacenes Abraham & Strauss donde la habían confeccionado. Rozó con delicadeza los botones con los dedos antes de ajustársela sobre su cuerpo fibroso. Se enfundó un chaleco de lana, y encima de éste, la gabardina ajada que le había prestado su padre. La suya la había cambiado la semana anterior por un poco de manteca y una libra de patatas. No se la abotonó porque le quedaba pequeña. Cogió su reloj Bulova, que tantas veces había intentado vender y por el que le habían ofrecido menos que una sopa. Antes de abrochárselo, miró el grabado que lucía en la tapa posterior. «Al mejor trabajador del año, de la Ford Motor Company.» Sonrió con amargura. Por último se caló el sombrero y volvió a mirarse al espejo. La sombra del ala ocultaba su rostro consumido, de modo que cualquiera que le viese pensaría que las cosas no le iban tan mal, o al menos, no tan mal como a los miles de americanos que en aquellos días morían a puñados como piojos en el hielo. Entumecido por el frío se frotó las manos, apagó la luz y salió de la habitación.

Se disponía a abandonar el apartamento, cuando una voz pastosa le detuvo.

—¿Adónde vas?

Al volverse, Jack se dio de bruces con la figura que representaba lo que quedaba de su padre. El anciano tenía el pelo alborotado como un estropajo usado, su barba cana aún conservaba restos de comida y los ojos permanecían entornados, como si se negaran a contemplar el cuerpo desfondado que se ocultaba bajo una camiseta llena de cercos.

—Al trabajo —mintió Jack. Le disgustaba mentir, pero no quería atribular más a su padre.

—¿Disfrazado de dandi?... —carraspeó el hombre mientras intentaba exprimir una última gota de la botella vacía de bourbon—. Maldito dolor de cabeza... ¿Qué hora es? —Tosió.

—Temprano... —Se le hacía tarde—. ¿Ha tomado su jarabe?

Solomon Beilis no contestó. Se rascó las axilas y se le quedó mirando con los ojos vidriosos, como si rebuscara en su cerebro la frase adecuada para contestarle. No la encontró. Se sentó en el sofá y miró a su hijo.

—Ayer estuvo aquí Kowalski.

—¿Otra vez? ¿Y qué quería? —preguntó por preguntar. Kowalski siempre quería lo mismo.

—Ese polaco sarnoso no atiende a razones. Dice que está harto de fiarnos la luz y que tiene inquilinos en lista de espera dispuestos a entrar en nuestro piso.

—Se habría levantado con mal pie. Hablaré con él un día de éstos. Aún queda un poco de puré de patatas en la olla. Luego veré si nos fían algo en la panadería. Y abríguese, o jamás curará ese pecho.

—¿Y de beber?... —repuso el anciano—. Hoy es día de celebración. Tendré que salir a buscar un trago.

Jack sacudió la cabeza. Aún no alcanzaba a comprender cómo se las apañaba su padre para conseguir alcohol, sin dinero, y pese a la existencia de la Ley Seca, que prohibía su comercio. Observó cómo su padre se levantaba tambaleante y se dirigía hacia la *menorah* con la intención de encender uno de los pábilos que se había apagado. Tras un par de intentos, el anciano consiguió prender un fósforo, pero se le escurrió de entre los dedos.

—¡Se acabará quemando, padre! Vamos, le llevaré a su cuarto.

—¡Suéltame! ¡Por todos los diablos! Los cristianos tienen su maldita Navidad y nosotros tenemos nuestra Janucá, así que prenderé el sagrado candelabro. ¡Y a ti con él, si es preciso!

Al intentar zafarse, el anciano salpicó de cera el chaleco de Jack. Al advertirlo, el hombre balbuceó algo parecido a una disculpa, pero Jack no le dio importancia. Se limpió como pudo y abandonó el apartamento.

En el exterior, la ventisca aullaba entre los edificios, levantando remolinos de polvo y hojarasca. Jack se arrebujó en su

gabardina. Hacía días que el sol permanecía escondido, como si le avergonzara iluminar aquel panorama de pesadumbre y desolación.

Levantó la vista para observar a su alrededor. El apartamento de su padre estaba situado en 2nd South Street, tres manzanas al norte del puente de Danielsburg, en un antiguo bloque de viviendas ocupadas en su mayoría por inmigrantes judíos, los mismos que habían llegado de Europa a principios de siglo y se habían establecido en la zona como una forma de protegerse los unos a los otros. Muchos habían americanizado sus apellidos para allanar su integración, pero Solomon Beilis se mostraba orgulloso de sus orígenes rusos. Por ello se había empeñado en que su hijo americano aprendiera el idioma de sus ancestros. Eran otros tiempos. Ahora, el bullicio y las risas de los niños que antaño poblaron las aceras de Danielsburg se habían evaporado, convirtiendo el barrio era un erial de callejones abandonados y parques desnudos.

Pese al frío, distinguió a algunas personas deambulando por las calles y dejó de recordar. Debía apresurarse, o para cuando llegara a los almacenes del mercado de abastos, los más madrugadores ya habrían arrancado las ofertas de trabajo que en ocasiones colocaban en los tablones.

No tuvo suerte ni en el mercado, ni en las obras de la nueva línea de metro de la Independent Subway System, ni en los muelles de Brooklyn, donde compañías como la petrolera Exxon, la Pfizer Pharmaceuticals o la D. Appleton & Co. contrataban de tanto en tanto a algún que otro mozo de carga. Durante horas, anduvo de fábrica en fábrica cosechando las mismas negativas que las cuadrillas de desempleados que le rodeaban. Incluso en los gigantescos astilleros de Red Hook habían limitado las contrataciones, destinando las vacantes a los emigrantes italianos que pagaban extorsiones a las mafias.

A media tarde, las empresas cerraron sus verjas y los desempleados emprendieron el regreso con los bolsillos vacíos, los huesos reventados y la moral derrotada. Era el peor momento de la jornada, justo cuando el hambre afilaba más las garras.

De camino a Danielsburg, Jack se detuvo junto a la casa de

la caridad del puente de Brooklyn para contemplar lo que los neoyorquinos habían bautizado como «la fila del pan». Así denominaban a los establecimientos benéficos a los que cada día acudían miles de hambrientos con la esperanza de llevarse un tazón de sopa a la boca. Aquel día, la cola daba la vuelta a la manzana y se perdía más allá de donde alcanzaba su vista. Entre sus integrantes reconoció a Isaac Sabrun, el tendero cuyo negocio de venta de muebles quebró al poco de empezar la crisis. Arrastraba los pies, encorvado, con la mirada ausente. Un poco más atrás divisó a Frank Schneider, el abogado de River Street cuyas cuantiosas inversiones se convirtieron en polvo de un día para otro. El infeliz solía comentar que acudía a la fila del pan porque había enviudado, pero en la cola todos sabían que, tras arruinarse, su esposa se había fugado con un acaudalado ganadero de Nebraska. Detrás de Schneider descubrió al conocido periodista Dave Leinmeyer, de quien decían que vivía bajo el puente, y que se había dejado crecer el bigote y la barba para evitar que le reconocieran.

Jack se apiadó de ellos mientras su estómago rugía para que se les uniera. Dudó si escucharlo. Hacía semanas que no probaba un bocado caliente, pero algo en su interior le impedía hacer uso de la caridad. Era como si tal hecho implicara que, además de haberlo perdido todo, hubiera perdido también la esperanza.

Se alejó, cabizbajo. No quería que nadie le viera roer el mendrugo de pan que había cogido de la mesa de una cafetería antes de que lo retiraran.

Mientras devoraba su comida del día, pensó en el casero y en los recibos pendientes. Hasta ahora había conseguido contentarlo bajo la promesa de devolver lo adeudado con intereses, pero si tal y como le había asegurado su padre disponía de inquilinos dispuestos a pagar por adelantado, Kowalski no tardaría en afilar los colmillos.

Se lamentó. Descargar mercancías de tarde en tarde no iba a remediar la situación. Necesitaba dinero, y de forma inmediata. Durante un buen rato pensó qué hacer. Finalmente rebuscó en su cartera hasta encontrar su último billete de cinco dólares, que miró como si fuera un tesoro. Era cuanto te-

nía, suficiente como para alimentarse durante tres semanas, pero una migaja incapaz de salvarlos de la calle. De repente lo estrujó con rabia. Entró en el colmado más próximo y preguntó si disponían de teléfono. El tendero se limpió las manos en el delantal, evaluó el aspecto de Jack y negó con la cabeza hasta que se fijó en el billete que el joven esgrimía entre los dedos. Sin decir palabra, lo cogió, abrió la caja registradora y le devolvió el cambio. Luego le señaló el aparato que descansaba en una esquina del mostrador. Jack lo contempló. Dudó qué hacer. Finalmente descolgó el auricular y marcó un número que sabía de memoria. Cuando terminó la conversación, rogó por que aquella llamada funcionara.

Le sobraba tiempo, así que acudió a la entrada de la factoría American Sugar Refining Co. treinta minutos antes de la hora convenida.

Construida en los Docks del East River, la American Sugar seguía procesando más de la mitad de todo el azúcar que se consumía en el país, y gracias a ello ocupaba a cientos de operarios en faenas de estiba, manipulación y transporte. Sabía que obtener un trabajo allí era una tarea complicada, pero si alguien podía ayudarle, sin duda ése era su amigo Andrew. Mientras aguardaba, advirtió que la humedad del río había deteriorado los ladrillos rojos que componían la fachada hasta convertirla en una piel negruzca que contrastaba con los marcos azules de las ventanas. Sin embargo, eso no mermaba la majestuosidad de la edificación, cuya descomunal chimenea parecía retar por sí sola a la crisis.

Empezaba a llover y el vigilante de la American Sugar había salido un par de veces para ordenarle que se alejara del porche porque causaba mala impresión a los clientes. Jack murmuró algo y obedeció a regañadientes. Bajo la lluvia, aguardó impaciente a que su cita apareciera.

Pese a haber sido su mejor amigo, hacía tiempo que no veía a Andrew Scott. Durante años habían compartido pupitre y recreos en la Brooklyn Technical High School hasta convertirse en inseparables. Recordó aquellos días. Aunque de natu-

raleza endeble y enfermiza, Andrew siempre parecía de buen humor, disfrutaba cazando lagartijas y contagiaba a Jack con sus bromas y sus risas. Su valía como bromista corría pareja a su facilidad para meterse en líos, lo que obligó a Jack a hacer frente a cuantos escogían a Andrew como objeto de sus burlas. Por aquel entonces, el cuerpo de Jack comenzaba a sobresalir respecto a los de sus compañeros, a quienes sacaba casi una cabeza. Sus brazos eran robustos y sus manos hábiles, lo que le granjeó el respeto de los chicos y la admiración de las chicas. A veces Andrew le envidiaba, pero Jack se las apañaba para hacerle ver que, pese a su fortaleza, él sacaba peores notas en las asignaturas de letras en las que Andrew se desenvolvía como pez en el agua. Por fortuna, Jack encontró una solución a sus limitaciones cuando empezó los estudios de mecánica. Interpretaba los planos, analizaba los mecanismos y resolvía sus fallos como si se tratase de rompecabezas. Según aprendía, se acrecentó su fascinación por cualquier artilugio que pudiera desmontar, entender y reparar: bicicletas, máquinas registradoras, cerraduras o fonógrafos. Le daba igual su naturaleza o procedencia. Cuanto más complicados fueran, más aguzaba su ingenio, y mayor satisfacción le producía conseguir que volvieran a la vida. Por su parte, Andrew se interesó por la política. Había cumplido los dieciséis y pasaba las horas muertas leyendo extraños libros sobre los violentos sucesos que estaban transformando Europa. A veces le preguntaba a Jack la opinión de sus padres respecto a los revolucionarios rusos, pero Solomon nunca hablaba de aquellos asuntos en casa.

Pese a sus gustos opuestos, la amistad entre ambos creció firme como una secuoya. Juntos disfrutaron de sus primeros cigarrillos, asistieron a sus primeros bailes de fin de curso, se enamoraron de las mismas chicas y éstas les correspondieron con desengaños que duraron lo que un viejo paraguas en un día ventoso. Así transcurrieron seis largos años durante los que construyeron un vínculo que juraron jamás se quebraría. Sin embargo, el día de la ceremonia de graduación, un suceso enturbió aquella amistad para siempre. Jack acababa de cumplir dieciocho años y toda su familia había acudido a la planta alta del hotel Bossert para celebrar el evento. Entre los asisten-

tes se encontraban su tío Gabriel y su primo Aarón, a quienes apenas veía porque vivían en un barrio de ricos en la isla de Manhattan. Y porque Solomon censuraba la forma en que su hermano Gabriel se ganaba la vida.

Desde su llegada a América, los caminos de ambos hermanos se habían separado. Mientras que Solomon había perseverado en su oficio de zapatero, Gabriel había rentabilizado su falta de escrúpulos empleándose en una casa de empeños de dudosa honorabilidad, para luego prosperar con su propio despacho de préstamos. No obstante, y con motivo del evento, Irina había convencido a Solomon para que invitara a Gabriel, en un intento de acercamiento familiar para bien de su hijo. Por su parte, Jack había logrado que su padre convidara a Andrew porque la familia de su amigo carecía de medios para sufragar el coste de la ceremonia.

Quizá por esa razón Andrew comió como un poseso y bebió el ponche como si acabara de atravesar un desierto. No estaba acostumbrado. Cuando el alcohol empezó a surtir efecto, comenzó a envalentonarse, y al enterarse de que el primo de Jack conducía su coche propio y tenía a su disposición un criado de librea, la emprendió contra él, tildándole de ruin capitalista.

Ése fue su primer error. El segundo lo cometió Jack cuando, al intentar separarlos, sólo logró que Andrew empujara a Aarón escaleras abajo. Cuando su tío Gabriel comprobó que su hijo permanecía inmóvil, maldijo a Jack como si hubiera sido el culpable de la desgracia. Aarón nunca más volvió a caminar. A partir de aquel día, Gabriel Beilis rompió los débiles lazos que aún le ataban a su hermano Solomon, y éste, como escarmiento, prohibió a Jack cualquier contacto con su amigo Andrew.

Tras el accidente, la relación entre Jack y su padre se enturbió. Durante años, Solomon había imaginado que algún día su hijo heredaría su pequeño taller y perpetuaría así el oficio de sus ancestros, pero aunque Jack trabajara de sol a sol con ahínco, su interés por el calzado terminaba en el instante en que Solomon bajaba la persiana del negocio. Por ese motivo, cuando el director de la Brooklyn Technical High School,

Theodorus Rupert, ofreció a Jack la posibilidad de obtener un puesto en la gigantesca factoría que la Ford Motor & Co. había levantado en Dearborn, el joven no lo dudó. Por lo visto, el responsable de contrataciones de la factoría había solicitado a distintas escuelas de la nación candidatos dispuestos a viajar hasta Detroit, y el habilidoso Jack Beilis del que Theodorus le había hablado parecía el aspirante adecuado.

La idea de perder a su único ayudante enojó a Solomon como si le hubieran robado los ahorros, pero Jack no se arredró. En Dearborn no sólo percibiría un sueldo que cuadriplicaría el que le proporcionaba su padre como zapatero, sino que además podría ascender hasta conseguir un puesto acorde con sus capacidades. Además, Jack argumentó que les enviaría cada mes la mitad de sus ganancias, pero Solomon persistió en su negativa hasta que Irina se percató de la conversación. La mujer fue tajante al resolver que ni Solomon ni la zapatería antepondrían sus intereses a los de su hijo. Al fin y al cabo, en su juventud ellos también dejaron a sus padres en Rusia para emigrar a América en busca de un futuro mejor.

Días después, con el respaldo de su madre y la resignación de Solomon, Jack preparó las maletas, sacó un billete de autobús y se trasladó al estado de Michigan para disfrutar de lo que el destino parecía haberle deparado.

Durante un tiempo, supo de Andrew Scott por antiguos compañeros de clase con los que se carteaba de vez en cuando. Le contaron que Andrew se mudó a Long Island, donde, al parecer, ejercía de sindicalista en favor de los obreros más desfavorecidos. Luego, con el paso de los años fue perdiendo el contacto, hasta que le perdió la pista. Lo lamentó porque añoraba su amistad. En algunas de sus visitas a Nueva York estuvo tentado de buscarle, pero siempre le pudo la prohibición de su padre.

Había transcurrido una década desde la aciaga cena de la graduación en la que Aarón quedó inválido. Ahora, con veintiocho años y acuciado por la necesidad, desobedecía por primera vez a Solomon.

Cuando por fin apareció Andrew, Jack apenas si lo reconoció.

Su antiguo amigo aún conservaba su aspecto de intelectual desaliñado, con las mismas gafas de carey desgastadas y la misma típica bufanda roja anudada al cuello. Sin embargo, estaba en los huesos, y sus ropas antaño lustrosas eran ahora un saco de harapos. La sorpresa fue tan enorme que Jack no supo bien qué decir. Andrew también enmudeció. Finalmente, se fundieron en un largo abrazo.

—¡Qué alegría verte, Andrew! Estás... Estás estupendo... —acertó a mentir.

—¡Vamos, Jack, no es necesario que me adules! —sonrió el joven—. Las cosas han cambiado un poco desde que íbamos al instituto, ¿eh? Pero, bueno, no me quejo. ¿Y tú? Cuéntame. Ayer por teléfono apenas tuvimos ocasión de charlar. ¡Pero mírate! Estás hecho todo un galán. ¿Sigues causando furor entre las chicas?

—Te aseguro que las mujeres son ahora la última de mis preocupaciones.

—Siempre hay que buscar tiempo para las chicas... ¡Siempre, Jack! —Y silbó a una mujer madura que cruzaba por delante de ellos bajo un paraguas.

Jack comprobó que, al contrario de lo que le había sucedido en el pelo, Andrew no había perdido ni un ápice de su optimismo. Su sonrisa le animó. Sin embargo, su aspecto no se correspondía precisamente con el de alguien en disposición de proporcionarle un empleo. No quería parecer un interesado, pero llovía con fuerza y se estaban empapando, así que se atrevió a preguntarle.

—¿Qué hacemos, entonces? ¿Entramos? —Señaló la puerta de la refinería.

—¿Aquí? ¿Para qué?

—No sé. Cuando mencionaste este lugar pensé que...

—¿Que el trabajo sería aquí? Ja, ja... ¡No, por Dios! ¡En la Sugar, a los sindicalistas los cuelgan de la chimenea! No. Te cité aquí porque queda cerca de una cafetería donde se está caliente y tienen un gramófono en el que suena el último éxito de Bing Crosby. ¡Venga! ¡Apresurémonos o nos moriremos de frío!

De camino a la cafetería, Jack se preguntó cómo haría

para pagar la consumición, porque él necesitaba hasta el último centavo. Andrew pareció adivinar su preocupación.

—Invito yo. Allí todavía me fían. —Rio, confiado, y le pasó el brazo a Jack por encima del hombro.

Nada más entrar en el establecimiento, Andrew repartió sonrisas y saludó febrilmente a cuantos clientes encontró a su paso. A Jack le agradó comprobar que su amigo seguía siendo el mismo tipo afable y dicharachero de antaño, de la clase de personas que con su sola presencia podían alegrar un velatorio.

Se acomodaron en una mesa frente a una ventana y solicitaron dos cafés cargados. Jack lo pidió doble. Apenas si se podía respirar por el humo de los cigarrillos, pero la temperatura era agradable y la música que emitía el aparato de radio invitaba a creer que en algún recóndito lugar del mundo todavía existía la felicidad. Sorbió nervioso su café. Quemaba, y aunque traslucía un sospechoso sabor a achicoria, le supo igualmente delicioso. Tabaleó sobre la mesa y dio otro sorbo.

—Bueno, Andrew. Gracias por venir. Imagino que te sorprendería mi llamada, ¿no? Apuesto a que estarás preguntándote sobre esta aparición repentina, después de tanto tiempo y... En fin... Quizá te suene a excusa, pero te habría localizado antes si mi padre me lo hubiera permitido. Lo cierto es que yo nunca te culpé por lo que le ocurrió a Aarón. Sin embargo, para mi familia fue un auténtico mazazo. Ya sabes cómo son estas cosas... Luego fueron pasando los años y... Bueno. ¿Qué más puedo decir? Que te he echado de menos.

—¡Vamos, vamos! No tienes por qué disculparte, y menos aún por algo que yo debería haber evitado. —Andrew apuró su café y posó la mirada en el tablero de la mesa, como si sobre su superficie contemplase el pasado—. Te aseguro que por más que lo he pensado, aún no comprendo por qué actué de aquella manera. Estaba indignado, no sé... Ese primo tuyo, tan joven y presuntuoso, tenía de todo y yo no podía ni pagarme aquella cena. El alcohol me trastornó, y cuando se burló de mi

ropa perdí la cabeza y... —Agachó el testuz y enmudeció—. Pregunté varias veces por ti y por Aarón. Me dijeron que no se recuperó.

—Así es. En fin: dejemos ese asunto y brindemos por nosotros.

—¡Maldita Ley Seca! Un brindis con café... ¡A lo que hemos llegado, Jack! —Y entrechocó su taza vacía con una sonrisa—. Por cierto. ¿Cómo conseguiste el número de mi patrona?

—Me lo proporcionaron unos sindicalistas del puerto. ¿De modo que sigues viviendo en Long Island?

—Digamos que malviviendo. Pero háblame de ti. Oí que te fue bien por Detroit. Incluso alguien mencionó que te compraste una casa. Tus padres estarán orgullosos de ti.

Al instante, el rostro de Jack se ensombreció, y al contemplarle, Andrew recordó lo unido que estaba Jack a su madre.

—Lo siento. Había olvidado lo de tu madre. Mis padres también murieron. Pero es ley de vida, Jack. Tenemos que sobreponernos.

—Fue como un preludio de la maldita crisis. Primero perdí a mi madre y luego... Luego todo lo demás —suspiró.

Jack no pudo evitar que su memoria retrocediera hasta la fatídica tarde del 23 de marzo de 1931, cuando Bruce Tallman le llamó a su despacho de la factoría Ford de Dearborn. Por aquel entonces, Tallman se desempeñaba como capataz del área de matricería, el lugar donde se estampaban las relucientes bobinas metálicas de las que salían las puertas y los guardabarros del «modelo A». Jack imaginó que le llamaba para ascenderlo. Pese a la crisis, las líneas de fabricación funcionaban a pleno rendimiento, y entre los empleados circulaba el rumor de la inminente puesta en producción de un novedoso vehículo con el que Henry Ford iba a arrasar el mercado.

Nada más entrar en la oficina, Tallman pidió a Jack que se sentara y le ofreció un pitillo. Jack desconfió porque Bruce nunca era tan amable. De hecho, dos meses antes le había entregado el diploma al mejor trabajador de sección del mes y ni siquiera le había estrechado la mano. No obstante aceptó el cigarrillo. Sin embargo, antes de que la primera calada alcanzara sus pulmones, el capataz sacó un papel de su cajón

y se lo tendió sin decir palabra. Jack carraspeó al reconocer el documento. Por un segundo quiso pensar que se trataba de una confusión, pero Tallman mantuvo la carta de despido en la mano hasta que Jack la cogió. Tras leerla, guardó silencio. En efecto, el escrito reflejaba la resolución de su contrato sin especificar el motivo del despido. Al alzar la mirada, advirtió en el capataz un amago de sonrisa, que pensó en borrarle de un puñetazo. Sin embargo, agredirle sólo serviría para que le encarcelaran y no iba a darle ese gusto. Tras abandonar la oficina con un portazo, se dirigió a la sede sindical, donde le aseguraron que no podían ayudarle. Henry Ford, el dueño de la fábrica, había ordenado personalmente que despidieran a todos los judíos.

—Incluyeron nuestros nombres en una lista negra que hicieron circular por todo Detroit y no hubo forma de encontrar trabajo. Cuando flaquearon los ahorros, el banco me quitó la casa, así que regresé con mi padre, que no estaba en mejor situación. No me lo había dicho, pero las deudas de la zapatería y los gastos ocasionados por la enfermedad de mi madre le habían arruinado. Durante un tiempo trabajé en un garaje, arreglando pinchazos y lavando coches por un sueldo miserable hasta que el dueño vendió el local a un empresario de espectáculos. Después hice un poco de todo: mecánico, tornero, electricista, estibador, mozo de carga..., pero el desempleo se cebó en Nueva York y a finales del verano me vi en la calle, sin un céntimo. ¡Qué te voy a contar que tú no sepas! Y lo irónico de todo esto es que mi padre aún cree que trabajo. Está enfermo y no quiero disgustarlo. Por eso me atreví a llamarte. Pensé que por tu condición de sindicalista podrías ayudarme, y espero haber acertado.

Nada más concluir Jack su relato, Andrew apartó la mesa y se levantó como impelido por una furia asesina.

—¡Asquerosos malnacidos! Te aseguro que de cualquier otro podría haberlo imaginado, pero que te sucediera a ti... ¡Y en la mismísima Ford! ¡Empresarios desgraciados! Las cosas están mal..., muy mal..., en serio. Deberías haberte sindicado. —Gesticuló—. Los trabajadores necesitan defenderse de los buitres, y compañeros comprometidos que los amparen. ¿Lo

habéis oído? —Alzó la voz para que los presentes le escucharan—. ¡Así es como nos machacan los capitalistas!...

Jack se azoró. Había olvidado lo vehemente que podía llegar a ser Andrew e intentó calmarle, pues no quería que los echaran del local, y menos aún que se corriera la voz de que él era uno de los exaltados que azuzaban a los parados contra los patrones. Por fortuna, los pocos clientes que se encontraban en la cafetería continuaron con sus cafés sin prestar atención a Andrew. A Jack le dio la sensación de que no era la primera vez que escuchaban sus arengas.

—Ya ves —dijo su amigo, dejándose caer abatido sobre su silla—. ¡Gente sin sangre! Los que carecen de empleo aguardan a alguien que baje del cielo y les ayude, y los que lo conservan se santiguan y agachan la cabeza mientras esperan que escampe. ¡Jodido país!

Jack se incomodó. Aunque Andrew fuera su mejor amigo en otros tiempos, eso no implicaba el tener que comulgar con sus extravagantes ideas. De hecho, en lo que concernía a Estados Unidos, Jack estaba convencido de que aún ofrecía grandes oportunidades y que si se esforzaba lo suficiente, tarde o temprano escaparía de la miseria. Su única duda se limitaba a saber si lo conseguiría antes de morirse de hambre.

Contuvo sus pensamientos y regresó a Andrew.

—¿Y sólo ejerces de sindicalista?

—Bueno. Digamos que ejercía... La imprenta en la que trabajaba quebró y el cabrón del jefe nos echó a todos. Lo del sindicato daba para malvivir, pero ahora ni eso. ¡Aunque te aseguro que a esa sanguijuela le dimos su merecido! —Y golpeó con el puño la palma de su mano.

—Pero entonces, ¿tú también estás desempleado?

—¡Ja! ¿Y quién no? ¡Espabila, Jack! ¿O acaso crees que visto un traje remendado porque sea carnaval?

Jack se retorció sobre su asiento. Desde el estallido de la crisis, hasta el chiquillo más ingenuo sabía que en América la gente se iba a la cama sin saber si al día siguiente conservaría aún su empleo. De hecho, no había más que fijarse en la apariencia andrajosa del propio Andrew, quien parecía un pedigüeño de la fila del pan, con más aspecto de robarle los zapa-

tos que de poder ayudarle en algo. Lo sintió por él. No obstante, su amigo se mostraba sonriente y confiado, como si escondiera un conejo en la chistera.

Tomó aire. Aunque lo pertinente fuera continuar interesándose por los viejos tiempos, había llegado el momento de hablar con franqueza. Cuando le preguntó por la clase de trabajo que iba a ofrecerle, Andrew le devolvió una sonrisa maliciosa, se ajustó las gafas, extrajo un recorte de periódico de su gabardina y lo desplegó sobre la mesa.

—Tranquilo, Jack. Lo tengo todo controlado —dijo ufano, y le acercó el recorte arrugado.

Jack cogió la hoja, la alisó con cuidado y le echó un vistazo. Mientras avanzaba en la lectura, su rostro fue virando del desconcierto al estupor.

—Andrew, si esto es una broma, no estoy de humor como para...

—¿Una broma? Pero ¿qué dices? ¡Ésta es la solución a todos nuestros problemas! ¡Los míos y los tuyos! —Y le señaló de nuevo el trozo de periódico.

Jack hubo de leer dos veces el anuncio del *New York Times* para convencerse de que Andrew hablaba en serio.

La agencia comercial AMTORG
ofrece a los desempleados americanos miles de puestos
de trabajo en las factorías de la Unión Soviética

—Debes de haber perdido el juicio. —Se levantó visiblemente decepcionado—. ¿De veras piensas que voy a dejar el país donde nací para regresar al mismo infierno del que escaparon mis padres?

—¡Escúchame, Jack! Las cosas ya no son como antes. Ahora los sóviets ofrecen...

—Pero ¿aún sigues con ésas? ¡Por el amor de Dios, Andrew! ¡Nosotros somos americanos! Has olvidado que esos bolcheviques son la misma ralea de sanguinarios que liquidaron a los zares y a cuantos encontraron a su paso. ¡Si hasta nuestro propio país ha impugnado la legitimidad de sus gobernantes!

—¡Por favor, cálmate y escucha! Ayer estuve en Amtorg y todo lo que anuncian es cierto. Tendrías que haber visto las colas de solicitantes llegados de toda la nación: texanos, sureños, californianos... Familias enteras hambrientas, en busca de una vida mejor.

—Ya. Pues lo siento, pero no cuentes conmigo para esa locura.

—¡Venga, Jack! Tú hablas ruso a la perfección y allí hay trabajo para todos. ¿Sabes cuánto están pagando en sus fábricas? ¡Ciento ochenta dólares mensuales! ¿Me has oído? ¿Cuánto cobrarías aquí ahora, en el hipotético caso de que consiguieras un trabajo? ¿Cuatro dólares?... ¿Cinco, quizá? Y no sólo eso. ¡En Rusia te proporcionan vivienda gratuita! ¡Y medicinas! ¡Y vacaciones pagadas en balnearios! Mira: sólo el año pasado recibieron más de cien mil solicitudes de americanos como tú y yo. ¡Cien mil, Jack! Con tu habilidad y mis contactos, si fuéramos a Rusia, nos convertiríamos en los amos del mundo.

Jack movió la cabeza, en señal de desaprobación.

—Rusia... Desde luego, no sé quién te ha llenado la sesera de pájaros.

—¿Pájaros, yo? Pero ¿te has parado a mirarte? —Andrew guardó silencio un segundo—. ¿De verdad crees que vas a engañar a alguien con tu pose orgullosa y una gabardina que ni siquiera te abrocha? Confiésame algo. ¿Cuándo fue la última vez que comiste un plato de espaguetis calientes, o una hamburguesa, o unas buenas costillas de cerdo? ¿Cuánto tiempo aguantarás así? ¿Qué ha hecho este país por ti para que le defiendas con tanto ahínco?

Jack no supo bien qué contestar, pero lo que sí sabía era que en Detroit había tenido la oportunidad de disfrutar de la vida, y que aunque ahora hubiera perdido cuanto logró, algo en su interior le decía que podía volver a conseguirlo.

—Lo siento. No puedo aceptar, Andrew. Sabía que en el instituto te gustaban estas extravagancias, pero nunca imaginé que llegaras tan lejos. No sé. Quizá la culpa haya sido mía por suponer que hablabas de un empleo normal. De todas formas, gracias por la oferta. Espero que si finalmente vas tú, tengas

toda la suerte del mundo. —Rebuscó en sus bolsillos para invitar él a los cafés.

—Aguarda, Jack. ¿Es que no te das cuenta? Siempre fuimos inseparables y ahora apareces como por obra del destino. Yo no hablo una palabra de ruso y allí me sentiría huérfano. Si el problema son los bolcheviques, te aseguro que...

—No es sólo por ellos. Ya te he dicho que mi padre está enfermo. No puedo dejarle solo.

—¿Y qué harás aquí por él? ¿Ponerte a mendigar para pagarle la bebida?

—¡Cuidado, Andrew! ¡No te permito que faltes a mi familia! —La voz de Jack se tornó amenazadora. Dejó dos centavos sobre la mesa y se dio la vuelta para marcharse, pero Andrew le retuvo por el brazo.

—Lo sabe todo el mundo. Ese borracho te está sacando los ojos y tú aún consientes...

Un puñetazo le impidió terminar la frase, derrumbándolo entre un revuelo de sillas. Jack permaneció paralizado hasta que advirtió lo desproporcionado de su reacción y trató de incorporar a Andrew, pero su antiguo amigo lo rechazó.

—Estoy bien, estoy bien. —Disimuló mientras intentaba recomponer las gafas que Jack acababa de partirle—. ¡Parece mentira, Jack!... En la escuela me defendías de los matones y ahora te has vuelto uno de ellos.

Pese a la desazón que le embargaba, Jack no halló fuerzas para disculparse. Sólo se caló el sombrero y salió del establecimiento. Nada más pisar la calle, la lluvia azotó su rostro. Lamentaba haberle golpeado, pero él se lo había buscado. Los problemas con su padre eran sólo suyos, y nadie, ni siquiera Andrew, tenía por qué restregárselos.